



Allá diz que intenta Guardarlo, y que Filis Por siempre lo pierda. Quien á ajeno gusto Sujeté su estrella, Engañase necio Si libre se piensa. La vez helada Con rigor condena Las lozanas flores De la primavera. La infelice Filis Se imagina eternas Las horas; que tardan De su bien las nuevas. «Ay! dice (y al cielo Los ojos eleva; Sus ojos cubiertos De horror y tristeza). »Ay! cuánto me aguarda De duelos y quejas! En sólo pensarlo Mi pecho se hiela. »Tórtola vinda, Solitaria vedra, Sin mi olmo frondoso, Que en pie me sostenga, »¡Qué haré, cuitadilla! O dó iré, que pueda Vivir sin su arrimo, Tan niña y tan tierna? »¡Felices vosotras, Mis mansas corderas, Que ni celos hieren, Ni agravios aquejan! »¡Con cuánta alegría Mis ojos os vieran Pacer de este prado, Golosas, la yerba; »O á la mano amiga, Que sal os presenta, Veniros, y hacerme, Balandando, mil fiestas! »Y tú, fiel cachorro, Qué saltos y vueltas No dijeras, siguiendo De mi bien las huellas, »Cuando él por hablarme, Cantándome letras De dulces amores, Saliera al Otea! »Hoy todo ha mudado: Del calor la fuerza Los valles agosta, Las fuentes deseca. »¡A este pecho triste, Con mayor violencia Abrasa de olvido La ardiente saeta! »Aquí donde lloro, Aquí en esta vega Nos vimos y amamos Por la vez primera. »Todo fué en un punto, Cual súbito vuela La llama del rayo, Y el árbol humea. »Corderitas mías, ¡Quién ¡ay! me dijera Que viento serian Sus locas finezas? »Juramentos tantos Y ahincadas promesas, Si hay fe entre los hombres, ¡Por qué se me niegan? »¡Amor! tú me escuchas, Y tú los oyeras; Sea tuyo el castigo, Cual tuya es la ofensa. »¡Oh! nunca tuviese Yo vuestra inocencia; Nunca, oh corderitas,

Le escuchara necia. »Cual de áspid huyendo Su voz lisonjera, Sus ayes falaces, Van, revuelan, vuelven. ¡Riquísima copa De dulces placeres, Que Amor al desco Dadvoso ofrece! Las Gracias te envidian, Y al reirse alegre, Tu donoso juego Codicia Cíteres; El juego voluble Con que, ora te cierras, Ora te dilates, Más lindo apareces. En tí embebecidos Los ojos se pierden, Se abisman las almas, Los pechos se encienden. ¡Regalado hechizo! Quien te ve, enloquece; Quien feliz te goza, De delicias muere.

#### IDILIO V. LA VUELTA.

Zagal de mi vida, Que á mi amante cuello Afanoso corres, De sudor cubierto; Suspirado mio, Gracioso embeleso, Do abismadas siempre Las potencias llevo; Norte que arrebatas Mi fiel pensamiento, Más claro y seguro Que el que arde en el cielo; Mi sola delicia, Mi amable hechicero, Con cuyos prestigios Deliro sin seso; Ya fina te logro, Ya en salvo te veo, Y tuya, y tú mio, Por siempre serémos. Y te hablo y escucho, Y al lado te tengo, Y en firme lazada Conmigo te estrecho. En tanta delicia, Tan vivo mi seno Palpita, que apenas Me alcanza el aliento. Y el corazón triste, Que viéndote léjos, Cubierto, gemia, De horrores y duelo; En lágrimas dulces Y en ayes de fuego, Parece que anhela Salirse del pecho. ¡Oh! limpien mis manos, Hermoso lucero, Las nieblas que empañan Tus claros reflejos; Y en tu rubia frente Enjugue este lienzo El sudor, que undoso La mancha, corriendo. ¡Venturoso punto! Plácidos momentos, Que al ánimo absorto Semejan un sueño! ¡Oh! siempre, sí, siempre Sus gratos recuerdos En entrambos duren, Cual mi amor eterno, Y un día tan fausto,

#### IDILIO IV. EL OYUELO EN LA BARBA.

La mi queridita Una cárcel tiene En su rostro bello, Donde á todos prende. Esta feliz cárcel, Un hoyuelo es breve, Que su linda barba Tan gracioso hiende, Que cuantos lo miran, Sin arbitrio sienten Que en él sus deseos Sepultarse quieren. Cautivos los míos, Ni anhelan, ni pueden Pasar de su encierro El círculo leve. Que allí en la bonanza Tranquilos se aduermen, Alzados los vientos, En paz se guarecen; Y locos, perdidos En su feliz suerte, ¡Hoyuelo precioso! Suspiran mil veces. Tú en ámbito estrecho A la concha excedes, Do cuaja la aurora La perla de Oriente;

#### IDILIOS.

De horror me estremezco. No, mi idolatrado, No, y único ejemplo De firmeza, al mundo A amar enseñemos. Tú serás por siempre, Tú serás el centro Do faustos caminen Mis votos y anhelos; Tú el idolo mio Y el gozo supremo, Y el mar de delicias Do loca me anego; Tú en las tempestades Que áun misera tiemblo, El sol de bonanza Y el iris sereno, Y el luciente polo, Do los ojos vueltos, Lleve yo segura Mi barquilla al puerto; Vida que me anime, Sér de mi sér mesmo, Y cuanto en amores Se hallare más tierno..... Proseguir no pudo; Que ya sus ojuelos Al zagal no vian, De lágrimas llenos. Y él tambien, llorando, Con un dulce beso A sus ansias puso Finísimo el sello.

#### IDILIO VI. LA PRIMAVERA.

Ya la primavera Tranquila y riente Del tiempo en los brazos Asonando viene, Y al mundo, que en grillos De hielos y nieves Tuvo el crudo invierno, La esperanza vuelve; La dulce esperanza De que Mayo alegre Lo colme de rosas, Y el Julio de mieses. El blando Favonio, Que llegar la siente, Con grato susurro Las alas extiende; Y en torno vagando, Su manto esplendente Por el éter puro Fugaz desenvuelve. Del cándido seno Con su soplo lueven Sin cuento las flores, Que el suelo enriquecen; El suelo alfombrado De un plácido verde, Que el alma y los ojos A par embebece; Y en silbos suaves, Gárrulo y bullente, Despierta en sus nidos Las aves que duermen. Sus picos canoros Acordes ofrecen Mil trinos al alba, Que á abrir se previene Las rosadas puertas Del fúlgido oriente Al sol, que entre albos Galan amanece. Su agosto semblante, Su rayo clemente, Del yerto Fuenfria Los hielos disuelven;

Que súbito vueltos En raudos torrentes, De su excelsa cumbre Ruidosos descienden; Del húmedo valle La pompa mantienen, Y al cabo en sus flores Segasando se pierden. Cual claros espejos, Risueñas las fuentes En vena más rica Limpisimas crecen; Y en hilos de plata Su humor se desprende, Que en blando murmullo El ánimo aduerme. El mundo se anima; Cuanto vive y siente, Cual de un hondo sueño Despierta y se mueve. Las selvas que el cierzo Desnudó en Noviembre, De yemas pobladas Sus ramas ya ofrecen; Do mal contenidas Las hojas nacientes, Sus rudos capullos A abrirse compelen; Y al trépido rayo Con que el sol las hierre, Tienden sus cogollos, Y el viento los mece. Entre ellos, las aves, Cruzando frecuentes, Con rápidos giros Van, huyen y vuelven. Mientras Filomena Mi pecho enternece, Lanzando angustiada Sus ayes dolientes; Ayas que un silencio Lúgubre suspende, Y hace que en mi oído Más tiernos resuenen. No ya en sus guaridas El hielo entorpece, Ni undosa la lluvia Los brutos detiene; Que vagos y libres Doquier aparecen, Y en bosques y valles Su dominio ejercen. Con saltos veloces El corzo allá tuerce, Y allí áun de su sombra Se asusta la liebre. A un soplo el conejo Se arrisca y detiene, Y á uno y otro lado Vivaz se revuelve; A par que en la vega Tranquilas se tienden La cabra golosa, La oveja paciente; Y todo es delicias, Y todo se enciende De amor en las llamas, O gime en sus redes. ¡Amor, nueva vida De todos los seres! Tú en la primavera Les dictas tus leyes, Del sólio oloroso De rosa y claveles, Que Flora á tu númen Galana entreteje. Tus flechas certeras, Tu grito potente A todos alcanzan, Por todos se atiende. Hasta en los abismos Y en los mudos peces

Día de contento, De puras delicias, De gozos inmensos, Y en paz y delicias Aduérmese el suelo. Los hielos y horrores Del áspero invierno Son flores y aromas, Y muelle sosiego. Gocemos, bien mio, Unidos gocemos De tanta ventura, Tras tan graves riesgos. Mis tiernos suspiros Y ahincados lamentos, En vivas alegres Nos vuelvan los ecos; Y el sol más benigno, Y el aire más fresco, Más plácido el valle, Y el cielo más ledo, Celebren, acordes Con mis sentimientos, La gloria á que en verte, Cual loca, me entrego. Perderte he temido; Temblé, lo confieso, Que al fin no cedieses A un bárbaro empeño. Perdona, perdona Benigno el exceso De mi amor, las dudas De que hoy me avergüenzo. ¡Yo pude formarlas!..... Sí, adorado dueño; Que el amor ausente Dos veces es ciego. Un pecho apenado Figúrase, necio, Doquiera peligros Y dudas y miedos. Seguid en el mio, Mis dulces recelos, Los tibijs no temen; ¡Infelices ellos! Tú, hermoso pimpollo, Repite de nuevo, Repite á esta triste Tu fiel juramento. Enemigos tantos Batiéndote fieros; Tiemblo á mi desdicha, Si en tí nada temo. Cielos, pues, y tierra, Cid en silencio, Y afirmad los votos Que entrambos hacemos. Si yo te faltare, Fáltenme primero La luz que me alumbró Y el aire que aliento; Y mi nombre odioso, De infamia y desprecio, Para todos suene Cual funebre agüero. Recibe mi mano, Y en ella el imperio Que sobre mí toda Por siempre te entrego. Mas si tú me olvidas..... Proseguir no puedo..... Pensándolo sólo,

Sus ecos resuenan,  
Su chispa se prende;  
Que el mundo poblado  
De nuevos vivientes,  
Hacen que tu imperio  
Sin fin se renueve.  
Ya el trino más dulce,  
Del ave, parece,  
Más plácido el vuelo,  
Sus juegos más muelles;  
La voz de los brutos  
Más llena y ferviente,  
Su marcha más presta,  
Su anhelo más fuerte.  
El león amante  
Rugiendo estremece  
Los anchos desiertos  
Del África ardiente.  
El oso, aunque rudo,  
Su cetro obedece,  
Que dóciles torna  
Los tigres crueles.  
Su veneno el potro  
Con las anras bebe;  
Las ondas crines  
Sacude demente;  
Bate el duro suelo,  
Fogoso se mueve,  
Y hace que los montes  
Sus relinchos llenen.  
Del pasto olvidado,  
De amor se enfurece  
En pos de la novilla  
El toro valiente;  
Y al rival que el triunfo  
Disputarle quiere,  
Con botes tremendos  
Celoso acomete;  
Ahuyéntalo, y solo  
Los premios obtiene,  
Que en roncós mugidos  
Feroz engrandece.  
Su estrépito templan  
Los dulces rabeles  
De cien pastorillos,  
Que el valle conmueven;  
Y á su antigua llama  
Las zagalas fieles,  
Sus cantos repiten  
Con nuevos motetes.  
El bosque enramado,  
Do el ciego mantiene  
Para sus misterios  
Callados retretes,  
Que ocultos y umbrosos  
Anhelan y temen  
El pudor cobarde  
Y el deseo ardiente,  
De amantes felices  
Ya rinde desdenes,  
Ya audacias alienta,  
Ya triunfos entienda.  
¡Dulcísimos triunfos!  
Que de un velo envuelve,  
Y el recato esconde  
Del mismo que vence.  
¡Oh repuestos valles!  
¡Ladera pendiente!  
¡Altísima sierra,  
Que las nubes hienes!  
¡Oh! cómo al miraras  
Ora florecientes,  
Los ojos se gozan  
Y el pecho enloquece!  
Las anras se inundan  
De suaves pebetes;  
Con toda su gloria  
Ya el sol resplandece;  
Y tierras y cielos,  
Del año naciente  
La pompa celebran,  
Y en júbilo hierven,

Mientras que á la luna,  
En pos de Citeres,  
Sus danzas ligeras  
Las ninfas previenen;  
Do, porque sin armas  
Nada del recelen,  
Nudo amor, cual niño  
Vivaz, se entromete.  
Tú, oh raudal de vida,  
Primavera, eres  
Quien nos das de Flora  
Tan gratos presentes.  
Ella te engalana  
De rosas las sienas,  
Y el manto te viste  
Que ostentas flüente;  
Y en colores rico,  
Várido en accidentes,  
Su genio imagina,  
Tocan sus pinceles.  
Tú al hórrido invierno  
Las furias contienen,  
Y en hierbas y flores  
Sus hielos disuelves.  
Tú al rico verano  
Benigna precedes;  
Sus espigas de oro  
De tu mano él tiene.  
A Octubre en tus gomas  
Sus frutas le ofreces,  
Y al cándido Baco  
Llenas los toneles.  
El blando sosiego,  
Los cantos alegres,  
Las risas ligeras,  
Los gratos banquetes,  
El séquito amable  
Te cercan rientes,  
Colmando los pechos  
De dulces placeres.  
¡Oh! el rápido vuelo  
Modera indulgente,  
Y ansioso me deja  
Gozar tantos bienes!  
Mas ¡ay! que al cantarte,  
Fugaz desapareces,  
Más vaga que el viento,  
Cual los sueños leve;  
Y cuando en seguirte  
Se afana la mente,  
De Sirio en las llamas  
Lánguida falleces.

## IDILIO VII (1).

## A LA AMISTAD.

En medio de las sombras,  
Que con silencio frío  
Escuchan compasivas  
Sus ayes y gemidos,  
Así llorando estaba  
El infeliz Batilo  
La falta dolorosa  
De todos sus amigos.  
La luna plateada  
Con resplandor benigno  
Bañaba de sus luces  
Los orbes de zafiros;  
Y las menores lumbres,  
Con desmayados brillos,  
Perdianse á los ojos  
Que observan sus caminos.  
El céfiro halagüeño  
Parece que dormido  
Pasaba por las flores,  
Segun sus blandos silbos;  
Naturaleza muda  
Del movimiento activo  
Descansa, que el Excelso

(1) Inédito.

Le puso en un principio.  
El solo en cuyos ojos,  
Aun como breve alivio,  
El sueño regalado,  
No esparce su rocío,  
Después de un largo llanto,  
Ahogadas con suspiros,  
Así lanzó estas quejas  
Del pecho dolorido:  
«Lumbreras celestiales,  
Cercos de estrellas hijos,  
Moradas solitarias,  
Silencio no rompido,  
»En vuestra larga vela,  
Turbada de gemidos,  
Tan triste compañero  
Por caso habeis tenido?  
»Y vos, piadosas sombras,  
Decidme si habeis visto  
Dolor en pecho humano  
Que iguale al dolor mio.  
»Todo en reposo dulce  
Descansa adormecido;  
Mas, aunque todo cesa,  
No cesan mis martirios;  
»Que el sueño vuela léjos  
De donde oyó gemidos,  
Y al triste que le implora  
Se niega fugitivo.  
»Los venturosos busca,  
Y en los palacios ricos  
Derrama sus vapores  
En lechos bien mullidos.  
»Las músicas le agradan,  
Y estrépitos festivos;  
Que no los ayes tristes  
Que lanzo de continuo.  
»Horror me causa el verme,  
No es vida la que vivo;  
Mi suerte venturosa  
Cual sombra se deshizo.  
»Tal la grosera mano  
Del Labrador impio  
En el ameno valle  
Corta el morado lirio;  
»El ámbar, con que paga  
Tributo al que le hizo,  
De las quebradas hojas  
No vuela ya al empuje;  
»Su pompa desfallece,  
Y hallándolo marchito,  
La mano que lo corta,  
Lo arroja en el egido.  
»¿Adó volverme puedo?  
Pues léjos ¡ay! me miro  
De mis amigos fieles,  
Tan solo y abatido,  
»Que ya sus dulces voces  
No escuchan mis oídos,  
Ni ya estrechar me es dado  
Sus labios con los míos,  
»¿A quién podré acogerme?  
¿De quién seré atendido?  
O ¿á quién pedir consuelo  
Podré de mi destino?  
»Para dejarlos luego,  
¿Quién, infeliz, me dijo  
Que yo me los hiciese  
Mitades de mí mismo?  
»¿Qué gozo el de las almas  
Que la amistad ha unido!  
¿Felicidad celeste,  
De todo bien principio!  
»El hombre miserable,  
Continuo de peligros  
Cercado, necesita  
Consolador y arrimo.  
»Los bienes son entonces  
Más dulces y cumplidos,  
Y á los acerbos males  
Espera presto alivio.  
»Fervuras celestiales

A un pecho condolido,  
Qué bálsamo repara  
Tan presto los sentidos?  
»Coloquios agradables,  
Mil veces repetidos,  
Do la virtud se salva  
Del pestilente vicio;  
»Coloquios donde el alma,  
Sin dolo ni artificio,  
Parece que se sale  
A unir con el amigo,  
»De la amistad sois fruto!....  
Los pechos corrompidos  
Su santo honor infaman,  
Aun de nombrarla indignos.  
»Léjos de aquí, profanos;  
Que el mimen encendido  
Hoy canta sus loores  
Con no vulgar estilo.  
»Baja del claro cielo  
Con celestiales visos,  
Alma virtud, y hermana  
Los pechos divididos.  
»Quien amistad quisiere,  
Consulte bien consigo,  
Si halla capaz su pecho  
De sus sagrados ritos.  
»Su honor es sacrosanto;  
Feliz el que propicio  
Su mimen idolatra  
Y está á su ley sumiso.  
»Mas tristes ¡ay! de aquellos  
Que viven escondidos,  
Cual bárbaros salvajes,  
En ásperos retiros;  
»Inútilmente sabios,  
¿Cuál de su afán prolijo  
El fruto será? ¡Oh necios!  
Dejad tal desvario.  
»Nunca el diamante bruto  
Dió sus hermosos brillos;  
»El oro en el minero  
Qué fruto da? ¡decidlo.  
»Si al cuerpo fatigado  
Repara el ejercicio,  
Al alma ha de negarse  
Tan celestial alivio?  
»Probad, probad ansiosos  
Los sentimientos finos  
De la amistad, gozando  
De su calor benigno.  
»Que el néctar que la abeja  
Liva con dulce pico,  
En el florido valle,  
Del cárdeno jacinto,  
»Comparacion no tiene  
Con el dulzor divino  
Que dos amigos gozan  
De corazón sencillo,  
»Cuando á la par sentados  
Con simple desaliño,

EL VAQUERO,  
IDILIO DE TEÓCRITO,  
TRADUCCION (1).

## ARGUMENTO.

Vino á la ciudad un pastor tenido entre sus aldeanos por muy hermoso; donde, como viese una ciudadana, herido de su no vista hermosura, se llegó á ella, queriendo jugar con ella y besarla, al modo de los rústicos; ella, deslizando su hábito y groseras costumbres, lo arrojó de sí. Quéjase, pues, el desdichado, en este idilio, de su grande afrenta, y de la vanidad y soberbia de la ciudadana, refiriendo al fin el ejemplo de varias deidades que amaron á los pastores.

Queriendo yo besarla dulcemente,  
Cunica me burló, y me baldonando,  
«Vete, vete, me dijo; ¡tú me quieres,

(1) Inédita.

Cuanto en su pecho esconden  
Se dicen sin testigos.  
»Sus almas se dilatan  
Como en Abril florido  
Abre el clavel las hojas  
Al rayo matutino.  
»Agora al bien alegres,  
Y al mal entristecidos,  
A una alma virtuosa  
¿Qué gusto será oírlos?  
»Si hasta las rudas fieras,  
Con su confuso instinto,  
De la amistad conocen  
El inefable hechizo;  
»El hombre, que en sí lleva  
Un sér que formar quiso  
El Dios de lo creado  
Semejante á sí mismo,  
»Resistirá á sus leyes,  
Y en nuestros labios siembra  
Dón de palabra rico?  
»Por qué nos dió el sensible  
Pecho? ¿por qué el activo  
Calor, que al alma inflama  
Del padre para el hijo,  
»Si nuestro hermano vemos  
Con corazón tranquilo,  
Y con rudez grosera  
Su sociedad huimos?  
»Tú sola, amistad santa,  
Fermas el indiviso  
Lazo que al hombre liga  
Del Orinoco al Indo;  
»Tú unir supiste, sola,  
En murados recintos  
Los mortales primeros,  
Cual fieras esparcidos.  
»Por tí en las anchas plazas  
Suena el rumor festivo,  
Y en ocio y paz descansa  
El vulgo movedido;  
»Y á mí gustar hiciste  
Placeres no sabidos,  
Más que la miel sabrosos,  
Libada del tomillo;  
»Mas ¡ay! que ora sus dejos  
Son de amargor prolijo,  
Y á tanto bien suceden  
Dolores infinitos.  
»¿Qué suerte tan dichosa,  
Gozar de un buen amigo,  
Y echarse entre sus brazos  
Como en sagrado asilo?  
»Pero ¡qué desgraciada  
Mirarse de improviso,  
No de uno, mas de todos

A un tiempo dividido!  
»Oh nombres, dulces nombres,  
En mi pecho esculpidos!  
¡Oh mi Delfo! ¡oh Menalio!  
¡Oh tú, mi gran Jovino!  
»En la callada noche  
Con lamentable grito  
Vuestros sagrados nombres  
Mil veces ¡ay! repito.  
»El eco me acompaña,  
Que en sonos bien distintos  
Por todos estos valles  
Resuena dividido.  
»Y el agitado pecho,  
Los ayes, al oírlo,  
Con desmayadas voces  
Renueva en su martirio.  
»Las sombras, que dilatan  
Su angusto señorío  
Por el inmenso espacio  
Que deja el sol vacío;  
»Y este silencio triste,  
Apena interrumpido  
Del ruiseñor, que entona  
Armoniosos trinos;  
»Donde el callado soplo  
Del viento, y el ruido  
Que forma la corriente  
Del Tórnes cristalino,  
»Al ánimo agitado  
Trasladan al antiguo  
Primer cáes, y lo llenan  
De su pavor sombrío;  
»Son ¡ay! imagen débil  
De mi dolor, ¡oh amigos!  
¡Oh nombres que mil veces,  
Llorando, al eco digo!  
»¿Qué gloria el poseros!  
Empero ¡qué suplicio  
No veros para un pecho  
De todo bien vacío!  
»En nada me consuelo;  
Que todo cuanto miro,  
Bien léjos de aliviarme,  
Me dobla mis delirios.  
»El bien huyó cual sombra,  
Y al borde de un abismo  
De males insondable,  
Me encuentro de improviso.  
»Excelso Dios! ¿quién puede  
Valerme en tal conflicto?  
¿Quién á mi triste ruego  
Se mostrará movido?  
»¡Santa amistad! tú sola,  
Con bálsamo divino,  
Repara las heridas  
Del ánimo abatido,  
»Y con benigna mano  
Tocando el pecho mio,  
Aplaca en él, aplaca  
Tan recios torbellinos.»

Desdichado, besar, siendo un vaquero?  
Besar no sé yo al modo de los rústicos,  
Sino oprimir los labios ciudadanos.  
Nunca tú besarás mi hermosa boca  
Ni aun en sueños; ¡cuál hablas! ¡qué figura!  
¿Cuán rústico que juegas! ¡qué donoso  
Razonar! ¡qué palabras tan suaves!  
¿Qué linda barba tienes, y qué hermosa  
Cabellera! tus labios son de enfermo,  
Tus manos están negras, y aun mal hueles,  
Huye al punto de mí, no me contagies,  
Esto diciendo, se escupió en el seno  
Tres veces, y miróme de continuo  
De la cabeza hasta los pies, hablando  
Allá entre dientes, y con malos ojos  
Me miraba, alegrándose en extremo  
Con su hermosura; y con la boca henchida  
De risa, me mofó con insolencia.  
A mí al punto exaltóseme la sangre,

Y se encendió, con el dolor, mi cuerpo,
Cual la rosa lo está con el rocío.
Mas ella de verdad fué y dejóme;

ROMANCES.

NOTA DEL AUTOR.

Varias consideraciones, que ya han cesado,
detuvieron hasta ahora la impresion de
muchos de estos romances, compuestos en
los primeros años del autor.

DEDICATORIA Á UNA SEÑORA.

Oye, señora, benigna
Los inocentes cantares
Que del Tórmes en la vega
Dicta amor á sus zagales;

De una edad crédula y fácil,
Cuando todo al gusto rie,
Y el seno en júbilos arde,
No cedió al plácido aliento

ROMANCE PRIMERO.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,

(1) En lugar de este verso, dice la primera
edición:
Do la huella breve estampa.

Dicen que soy hermoso, y todas me aman,
Sólo las ciudadanas no me amaron;
Pero por ser vaquero me desdénan;

Y donde se vuelve (2), rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la balaga,

(2) Donde amable mira. (Variante.)
(3) Esta cuarteta fué añadida por MELEN-
DEZ cuando corrigió sus poesías.
(4) Cuarteta añadida por MELENDEZ.
(5) Y no se esmere. (Variante.)

Venciendo las altas cumbres,
Llena su esfera de plata (1);
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,

(1) Así escribió MELENDEZ en un principio
esta cuarteta y la anterior:

Cual al fresco y verde aliso,
Plantado al margen del agua,
Cuando más pomposo en hojas
En su cristal se retrata;

Las emiendas de MELENDEZ, esta vez,
como otras muchas, dañan á sus versos. La
primera cuarteta en su forma primitiva tiene
un sentido gramatical más claro y más cor-
recto. El estilo de la segunda, de sencillo y
natural, se torna, con las emiendas, pre-
mioso y afectado.

Sólo por vía de ejemplo citamos algunas
variantes. Las correcciones de MELENDEZ son
infinitas. Señalarlas todas sería tarea por
demás penosa y desabrida.

(2) Esta cuarteta y la anterior fueron aña-
didas por MELENDEZ.

(3) Cuarteta añadida por MELENDEZ.

(4) Este verso y el anterior fueron escritos
para reemplazar estos otros:
Mas recibe el dón benigna
Que mi humildad le consagra,

Pues que en beldad las iguales;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama (5).—
Así un zagal le decía

ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuánto pierdo;
Por tí sola me lastima
Que te cases con un necio.

(5) Estas tres últimas cuartetas fueron aña-
didas por MELENDEZ.
(6) Cuarteta añadida por MELENDEZ.

Diles tú que no hay riquezas
Donde se echa el gusto ménos;
Donde, en vez de un rostro afable
Y el solícito desvelo

ROMANCE III.

EL ÁRBOL CAIDO.

Álamo hermoso, ¡tu pompa
Dónde está? ¡dó de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?

(7) Esta cuarteta y las tres anteriores fue-
ron añadidas por MELENDEZ.
(8) También fué añadida esta cuarteta,